

El dolor de Navarra en Peio Mari

Deia, 1983-03.

Ha muerto un patriota a quien debo este recuerdo.

Mantuvimos relaciones de prensa vasca en América; lo reconocía a su regreso más joven de lo que merecía su edad, acaso por lo menudo que era de cuerpo, lo vivaz de su conversación, llena de imágenes, y por lo arrojado de su pensamiento político. Nos veíamos de vez en cuando: En Iruña, en Estella, en Donibane; nos llamábamos por teléfono; la última vez, hace unas semanas, me dijo: "Si no vienes pronto, tendrás que ir a visitarme al hospital".

Son las últimas palabras que recuerdo del patriota, del liberal, del amigo a quien no sabía tan grave, y a quien no tuve la suerte de poder acompañar en el último tramo de su camino ya en Navarra, en Euzkadi.

Siento ahora el deber de despedirlo a la manera en que hablamos los que escribimos.

Cada uno sitúa a las personas con los parámetros de que dispone, y en el caso de Peio Mari tengo a don Manuel, su hermano mayor; a Mirentxu, una sobrina que también fue su hermana; a "Tellagorri", su maestro y compañero en la larga lucha periodística del exilio; a Euzkadi, su sueño político, y a Navarra, su dolor inseparable.

Es ahora, al recordarlo con la distancia que fija su desaparición, cuando lo sitúo más claramente.

Era el hermano más pequeño de don Manuel, quien asumió la responsabilidad familiar después de la temprana muerte de don Daniel, el defensor de Sabino; esto hizo que Peio Mari quisiera a su hermano mayor como a un padre, y de aquí también que la única hija de don Manuel, Mirentxu, creciera con sus tíos muy jóvenes como si fueran hermanos suyos, sobre todo el menor de ellos. Peio Mari respetaba con admiración, con verdadera devoción, soy testigo, los puntos de vista políticos de don Manuel, una de las figuras políticas más importantes del Partido Nacionalista Vasco; pero su independencia de juicio lo llevó a militar en un partido hermano: Acción Nacionalista Vasca, más liberal, y no sólo en el sentido de una mayor tolerancia (porque era muy difícil ganarle en esto a don Manuel), pero sí más independiente en lo religioso, y más avanzado en lo social.

Así estaba Peio Mari de Irujo con respecto a don Manuel y a Mirentxu.

En cuanto al gran periodista y escritor que fue José Olivares Larrondo, "Tellagorri", era su correligionario, y sobre todo su colaborador más fiel en el quehacer ininterrumpido en *Tierra Vasca*, el órgano de ANV en que escribíamos gentes de todas las tendencias, y cuando murió "Tellagorri" en Buenos Aires, en 1960, al mes de morir el lehendakari Aguirre, es Peio Mari el que toma el relevo. Para conocerlo, hay que leer los hermosos perdigonazos políticos (que a veces escondían posta gruesa) en forma de "Pajaritos" que disparaba contra el franquismo mientras duró. Para comprender a Peio

Mari hay que verlo también en esta frase del homenaje que tributó a su leal amigo de partido y de exilio:

"Durante cuatro años enteros yo he sido los ojos y las piernas del viejo "Tellagorri". Era mi director, un director al que llamaba 'viejo', que es la forma más cariñosa de llamar a un amigo. (...) Por su poca salud, su mala vista, por esas piernas fuleras –que, quién lo diría, se habían enfrentado a las 'Pichichi', el viejo necesitaba ojos y piernas de repuesto, y yo hacia de eso, de repuesto".

Como tuve ocasión de decir en el prólogo que hice al "*Anttxon Sukalde*" de "Tellagorri" editado aquí en 1978, es la más bella forma de entrega en la amistad que he leído.

Euzkadi era su sueño político, concebido a su edad, todavía, a la manera en que lo ven lejos, en la utopía realizable los que tienen todo el tiempo del mundo para esperar que el milagro se convierta en realidad: Los jóvenes más audaces de hoy. Trabajó por ella y se enfrentó a la cárcel y la pena de muerte, a trabajar de topo en la clandestinidad junto a Rezola en Madrid, al paso clandestino de fronteras, a toda una vida de exilio, y luego, al acaso para él el más amargo regreso al dolor de Navarra.

Le dolía Navarra, su distanciamiento del proyecto político más lógico y beneficioso: Euskalherria, todos los días del año. Iba de Estella a Iruña, de Iruña a Estella, con salidas al mar de Donibane para respirar, y siempre con la preocupación de su suerte política.

Ha caído en una de esas sus dos estaciones de calvario, pensando en Navarra, soñando en Euzkadi.

Y se ha ido, no como "Tellagorri", quien murió de exilio, sino del dolor de regreso, a veces más amargo.

Allá, lejos de la tierra y en el tiempo de la desesperanza, se han ido muriendo muchos patriotas de ese dolor de no poder alcanzar a ver la explosión de luz y de libertad que esperaban recibir como compensación a tanta constancia, dolorida de la espera interminable. Pero creo que ha sido mejor para muchos. Estoy pensando en "Tellagorri", en Vicente de Amézaga, en Andima de Ibiñagabeitia, por citar sólo algunos poetas de la Patria que he tenido la suerte de sentir cerca, a los que, en su dolor de sentirse morir en tierra de exilio, se les ha reservado de otro que les esperaba en su propio País, magnificado tantas veces por amor.

Pues Peio Mari ha cubierto todo el camino de este dolor patrio.

Merece la gratitud de los vascos y la paz que aquí no ha llegado todavía.

Goian Bego.